

Para una filosofía de la herida originaria¹

José Antonio Méndez Sanz
Universidad de Oviedo
mendezjose@uniovi.es

“Estoy enfermo de los recuerdos de la infancia”
(S. Yesenin, *Confesión de un granuja*).

En memoria de José Ramón (Jesús) Magallanes Vega

1

- 1.1. En un pensamiento de/desde/en la facticidad, el término origen pierde su pre-potencia, muestra su arcaísmo, es desmentido en su poder de iniciar un orden indiscutible y va quedando atrás: incluso, a partir de cierto punto de giro metaontológico, como remisión; puesto que toda remisión es todavía arché.
- 1.2. Ningún neologismo, ya en la metaontología, toma el relevo. Nos hemos despedido ya de la propia despedida, del despedirse.
- 1.3. El origen, ahora, es un puro tomar algo en consideración: “consideremos que ...”. Pero esta consideración es ya desconsiderada, casi arbitraria, voluble. No añade valor, no incrementa el ser de lo tomado como punto de partida.
- 1.4. Renunciar a caminar desligados de una singularidad que tendría en su mano (conceptuaría) todo lo que puede darse significa situarse en un espacio de flotación en el que el espacio no es ya un receptáculo que

¹ Este trabajo se publica dentro del Proyecto Generación del Conocimiento 2023 “Las filósofas que (no) están en la historia: violencia, resistencia y acción creativa” (FILHA), MCINN-24-PID2023-148424OB-I00).

contiene (y ordena) acontecimientos sino el *conjunto disjunto de todo lo posible (e imposible) en él tal y como puede, trabándose, interactuando, sostenerse por su propio trabarse. Tal y como él.

- 1.5. Este espacio de intersecciones en flotación se abre desde dentro, es él mismo territorio-acontecimiento. Y, en su no originariedad, es refractario a toda unidad, la suya incluida.
- 1.6. Es un espacio de diferencia: todo co- es un enfriamiento de la diferencia, una reducción: un modo de decir que se desmiente a sí mismo automáticamente en lo que pueda tener de dicho como resultado, como cierre.

2

- 2.1. Hablar de herida originaria en un espacio de origen/principio/poder/ordenamiento es un oxímoron, a no ser que la herida (la dualidad, incluso la unidad si hay un elemento prenumérico que la separa de lo máximo -como sucede, por ejemplo, en el taoísmo) se sitúe en un plano anterior a lo real realizado como acontecimiento ya ordenado, ya bueno (la grieta o caos, la guerra, la caída, la creación), a o ser que lo real (lo consciente) no sea capaz de recuperar como lenguaje aquella condición de posibilidad que lo pone ahí y le permite o duelo (si recordado sin recuperación) o invulnerabilidad (si recuperado o asumido en plenitud).
- 2.2. Interesa aquí hablar aquí desde otra perspectiva: porque lo que acabamos de decir es lo que acontece en nuestras religiones y en nuestras filosofías. Hay que avanzar metaontológicamente. Por eso, herida originaria dice otra cosa que reminiscencia de una plenitud perdida o certeza de una plenitud presente o anhelo de una sanación venidera: la herida (y con esto dejamos de lado la plenitud) no es un dolor que orienta desde, ni que orienta para (como una finalidad, aunque sea tortuosa). Ni nostalgia, ni certeza, ni obediencia esforzada a una ideación.
- 2.3. Herida (herida-1) no significa otra cosa que facticidad. Toda vulneración, toda vulnerabilidad no es sino esto. Un punto de partida que reivindica este nombre, esta palabra, para hacer justicia a quienes así leen

corporalmente: en/desde ellos se puede (se debe) entender como queja o lamento (como herida en carne viva que ocupa todo el horizonte, herida-2); pero este dolor no es un cuestionamiento de lo que acontece y su vivencia sino, sobre todo, el darse del acontecer. Un darse que no obra teniendo su sentido pleno (su remitir) en el dolerse como un menos que el alegrarse, como un déficit, sino como una plenitud sin retorno (aunque, de nuevo, este retorno pueda ficcionarse, afirmarse), que incluye (mejor, puede incluir) en este no-retorno (aunque no las reabsorba) todas las reacciones de negación (conscientes e inconscientes).

- 2.4. Hablar de herida originaria no tiene por qué ser, por consiguiente, ni un ejercicio de principalismo ni una suerte de bucle necrófilo. Sólo en cuanto concedemos la palabra a los heridos (o sus herederos) aceptamos de algún modo su carácter, para ellos (y también para nosotros cuando escuchamos su voz) de principio (pero un principio que adviene a/en unos cursos dados) o de herida-1, aunque con la idea de llevarla hasta lo que aquí entendemos propiamente por herida-1, y que haría de su herida una herida-2 (lo que no tiene que suceder necesariamente, puesto que este tránsito es solo una posibilidad: el hecho de que, para muchos, su horizonte de herida sea un horizonte que no se puede traspasar, es algo irrefragable).